

que vivifica y fecunda las frías y espesas sombras, por tal manera nos arroban, que á todo cuanto exalta y ennoblece la naturaleza humana, como las obras de ciencias y de artes, lo llamamos creación, para divinizarlo y distinguirlo de lo que no lleva, cual sucede á la industria, por ejemplo, caracteres tan propios de nuestro espíritu.

En efecto, esta manifestación del trabajo humano y de la actividad nuestra, emplea para cumplirse facultades menos creadoras que la imaginación é instrumentos más materiales que cuerdas, plumas, pinceles y buriles. Crear: he aquí el acto divino por excelencia. Y la creación universal no estuvo completa sino cuando la esclareció el espíritu, luz de la luz. Y el espíritu necesita prenderse al organismo humano, compendio de todos los organismos. Y la creación del mundo con la creación del hombre forman la gran epopeya religiosa, como el estallido terrible de nuestros errores y de nuestros males forma, por su parte, la gran tragedia. Enlázanse las teogonías, las ciencias, las artes y sus manifestaciones en el espíritu, como puedan enlazarse las especies y los organismos en el mundo. La poesía extrae de la religión una parte de sus obras; y la escultura, la pintura, la música misma, extraen á su vez de la poesía creaciones maravillosas y múltiples. En Orfeo, en Homero, en Hesiodo, se confundían las

ideas teológicas de los antiguos, y en estas ideas teológicas encontraban los escultores líneas para trazar las estatuas de sus dioses, y los poetas inspiraciones para trazar los héroes en sus tragedias. De un mismo brillante mármol han surgido el Júpiter tonante de Fidias y el Edipo ciego de Sófocles, pues las artes de la Edad Media y del Renacimiento no podían marrar en la sujeción á estas leyes históricas. El distinto aspecto que presenta Eva desde las iglesias bizantinas hasta los bajos relieves del Renacimiento, revela cómo ha crecido el hombre y cómo se ha rehabilitado la vida. El cincel de Guiberti á fines del siglo décimoquinto, cuando florece la nueva inmortal Atenas en su inspirada república del Arno, está consagrado á rehaer y rehabilitar la humana forma y el organismo humano. Diríase que aquella Eva de Guiberti siente mucho más la esperanza de su redención que la carga de su culpa. Y en este mismo pensamiento se hallan fundados todos los tipos de Adán y Eva que nos ofrece con tanta multiplicidad y belleza el período creador, á quien podríamos llamar fundamentalmente como el Mayo y primavera del moderno espíritu.

¡Qué Adán aquel de la Sixtina! Lo hercúleo de sus formas no empece á lo armonioso. El Dios, que sobre doce ángeles asentado lo anima, parece po-

nerlo en contacto con lo divino y empaparle de su misma esencia, difundida en aquellas venas vírgenes por el creador aliento. Pero aun le sobrepaja la creación de nuestra primera madre. Adán, de una belleza varonil indecible, se abandona en brazos de la naturaleza, y sobre campestre lecho, al sueño que anuncia la venida feliz de su esposa. Eva surge, y la suave melodía de aquellas formas, en que dominan gracia y delicadeza, conciértase con la fuerza indispensable á quien debe llevar en sus entrañas el humano linaje. La primer explosión de la vida suya se advierte por una de esas felices actitudes encontradas tan sólo por un genio verdaderamente pictórico, actitud representada en el cruce de sus manos, en la genuflexión de sus rodillas, en la curva de su cuerpo recién erigido sobre las demás criaturas terrestres, en la plegaria exhalada de sus labios ante aquel Dios creador, cuya forma sacerdotal é imponente figura parecen resumir todas las teogonías y merecer todos los sacerdocios. Un poco más lejos Adán y Eva salen del Paraíso en cuadro maravilloso. A un lado se comete la culpa y á otro lado se inflige la pena. Bajo árbol frondoso, á cuyo tronco gruesa serpiente se ciñe y enrosca, vense nuestros primeros padres tendiendo á la ponzoñosa fruta, pendiente de aquellas fuertes ramas, las ávidas manos, y al opuesto extremo Adán y Eva salen ya

de su Paraíso y de su inocencia. Pero al verlos, y sobre todo al compararlos con las figuras de los siglos medios, obsérvase ya cómo nos hemos los humanos, merced á titánicos trabajos y esfuerzos, del antiguo dolor y antigua culpa redimido. Todas estas obras cíclicas del Renacimiento, ya expresen la inocencia del primer hombre, ya expresen la culpa y el castigo, representan las humanas victorias sobre las ciegas fuerzas. El Renacimiento significa, respecto de la Edad Media, lo mismo que Grecia significa respecto del Asia y de la oriental teogonía. Y como la bella forma humana característica de Grecia representa la victoria del hombre sobre la naturaleza, victoria simbolizada tanto en la estatua grande y armoniosa como en la religión individualista y humanitaria, la bella forma humana característica del Renacimiento representa, por su parte, la victoria del hombre sobre la culpa y la esperanza en una remisión del castigo que por espacio de siglos pesara sobre sus espaldas.

No tenéis sino contemplar la Eva tallada por un buril hierático, por un buril de plena Edad Media, sobre la pared maravillosa del trascoro toledano, y compararla, por ejemplo, con la Eva puesta por el pincel rafaélico en aquellas increíbles galerías matizadas por la inspiración del Renacimiento y conocidas con el nombre popularísimo de Logias del Va-

ticano. Mientras la primer Eva es como imagen de nuestra humanidad culpada, es la segunda Eva como una imagen de nuestra humanidad redimida. Píntase allí el momento en que Dios ofrece su hembra natural á ese hombre primero, á quien diera superioridad y dominio sobre los demás animales, todos generalmente pareados y divididos en sexos, que se determinan más indudablemente según más alto suben las especies en los círculos de la creación universal. El Creador tiene su mano puesta sobre la espalda de nuestra primera madre recién creada, y Adán contempla con verdadero amor á su idolatrada compañera. ¡Qué juvenil hermosura en aquella mujer simbólica del humano rejuvenecimiento! ¡Cómo expresa con la florescencia del espíritu la florescencia del planeta! Las formas compiten con las más bellas que no lejos de allí dejara Grecia en el coro inmortal de sus estatuas, transportadas al Vaticano por las olas del tiempo en los horribles naufragios del mundo. Pero la Eva de Rafael brillaba con todas cuantas superioridades tiene un arte como la pintura sobre un arte como la escultura. En primer lugar, el alma se transparenta más. En segundo lugar, aquella memorable alegría, que siente al calor de la vida Eva, y se traluce á su rostro, no puede llegar al frío mármol. En tercer lugar, este afecto del pudor cristiano es por tal

modo moderno, que ninguna estatua helénica puede alcanzarlo, porque ningún antiguo lo sentía en su abandono á la naturaleza. Lo cierto es que todas estas figuras del Renacimiento rafaelesco, al mismo tiempo que representan la serenidad completa del espíritu por su victoria sobre la materia, representan también su confianza en la perpetuidad completa de tal dominio. Desde los albores de su genio, el gran pintor ha representado esta brillantísima faceta del alma y esta fase del hombre. La bandera que pintó cuando aun vivía bajo el yugo suave de su maestro Perugino, demuestra que ha entrado en el mundo con la estrella del Renacimiento artístico é intelectual sobre su frente y que significa su genio un grado supremo en la emancipación del espíritu. Mientras los ángeles de tal pintura llevan todavía ceñido el cendal de la Edad Media, como puede llevar un recién nacido sus pañales, Eva representa la plenitud maravillosa del alma humana con la plenitud maravillosa de una exuberante vida en la humanidad. Tal significación en la historia humana tiene un período tan creador como este período del Renacimiento. A nuestros niños de las costas mediterráneas les refieren sus nodrizas muy singulares cuentos ó leyendas. Y entre los cuentos y leyendas ninguno tan tierno como el referente á las pobres golondrinas. Hay allí una su-

perstición á favor de tales animalejos, que la muerte, á cualquiera de ellos dada, se toma, no tanto por una gran crueldad, como por un gran sacrilegio. Y este afecto proviene de creer las gentes que cuando Cristo estaba en la cruz iban las golondrinas en bandadas, piando, aleteando, piadosas y tiernas, á quitarle de las sienas aquellas espinas que le habían ceñido nuestras culpas. Cosa igual hizo el Renacimiento con Eva. Las almas de los grandes pintores le arrancaron á una los abrojos de sus culpas y la redimieron de los horrores de su castigo. Y sin exageración puede asegurarse que ha devuelto el arte vencedor á la humanidad atribulada su llorado y perdido Paraíso.

Después de lo relativo á estos primates del Renacimiento, los cuales personifican la grande transformación del espíritu, bien puede asegurarse que las Evas, representadas por los diversos artistas modernos, toman caracteres muy en consonancia con el genio personal y hasta con las escuelas particulares que cada uno de ellos guarda y ostenta. La Eva del Bosco parece cualquiera de aquellas brujas en los desvaríos de su genio soñadas y fingidas por tal pintor extravagante y siniestro. La Eva de Alberto Durero, desnuda y sola sobre una brillante tabla en el Museo de Madrid, aunque ostenta en su mano la nefasta fruta, preséntasenos

como una joven alemana, muy proporcionada, muy blanca, muy rubia, con ojos penetrantes, pero con cierta germánica vulgaridad. En cambio la Eva y el Adán de Pablo Veronés parecen un matrimonio veneciano, desnudos en las márgenes del hermoso Lido, para lanzarse, como peces ó como piratas, á las rientes aguas del celestial Adriático. Análogos caracteres la Eva de Rubens. Entre aquellos colores tan brillantes de su tan matizada paleta, preséntase una Eva de Flandes, tierna y blanda como aquella manteca ó aquellos quesos, de formas redondas y no elípticas, la cabellera rubia, el color blanco, los ojos azules, las carnes fornidas, una cualquiera de las mujeres que al paso hallaba. Tipo muy recopiado el tipo de nuestra primera madre, debía revestir en sus apariciones por el tiempo y por el espacio los caracteres propios de los varios pintores y de las varias escuelas. Por tal razón, convertiremos los ojos á la poesía, y miraremos y contemplaremos á Eva para concluir su retrato en el poema de Milton.

Bien es verdad que nada tan difícil como ponerse desde nuestra cultura en el caso de aquellos nuestros padres y de su primera inculta vida. Cuando las raíces del organismo nuestro se mezclaban casi con las raíces de todos los otros organismos; cuando la máquina del mundo pesaba sobre las espaldas

del hombre como las piedras del monumento sobre las encorvadas cariátides; cuando se parecía de suyo el incipiente lenguaje al aullido feroz; cuando apenas pasaba una idea por la mente humana, casi desnuda de nociones y dirigida por el más rudimentario sentimiento, primero é instintivo; cuando la familia se confundía con la manada y el fetiche con la piedra; constreñidos nuestros padres á combatir los elementos alterados y las especies enfurecidas, apartábase la condición aquella de la hoy alcanzada por tantos esfuerzos y trabajos, que no podemos trasladarnos á sitio tan desconocido como el sitio de nuestra cuna y á suerte tan triste como nuestra suerte primitiva, ni siquiera con el esfuerzo mayor de nuestra imaginación, enriquecida, para expresar sus conceptos, con fórmulas allegadas por el progreso constante de una civilización muy alta y muy madura. Espiritual y racional el hombre, á los comienzos de su vida por modo tan íntimo se une con la materia, y se somete á la fuerza, y se recluye casi en la triste animalidad, que no podemos fingirlo, y así no han logrado presentarlo en sus obras tal como los vemos en nuestros pensamientos, ni los autores más valiosos de las edades más apartadas ó antehistóricas. El milagro de la creación material se opera todos los días á nuestra vista. En el polo tocáis las edades glaciarias; en el Océano in-

menso, en el volcán ardentísimo, en la caverna estalactítica, veis los días del Génesis á la continua; pero el milagro de la creación humana, el apareamiento de la primer pareja sobre la tierra, es más difícil de comprender por la idea y mucho más difícil de manifestar por el arte que la generación de todas las otras cosas criadas. Y á pesar de que podéis ver en los esquimales al infeliz de las edades glaciarias, y en los patagones al antiguo gigante, y en los salvajes de las pampas y de los desiertos al batallador de las edades primitivas, cuando los ponen en escena, resultan como los brutos de las fábulas, animales, sí, pero animales parlantes á gusto y modo del hombre civilizado. Si artistas de la maravillosa expresión que todos reconocemos en Chateaubriand ó en Meyerbeer nos han pintado indios como Chactas, indios parisienses, y han puesto en labios de africanos música del Conservatorio, ¿qué no pasará cuando queráis expresar la mujer primitiva, encerrada, como la liebre, allá en su madriguera lacustre, para que no puedan comérsela tantas especies carniceras como la husmean, atisban y persiguen? Creedlo, desde los talleres de nuestros cuadros y estatuas, desde las ventanas de nuestros edificios, desde los abrigos de nuestros monumentos, se descubre con suma dificultad el hombre primitivo levantado en armas de pedernal contra su madras-

tra la naturaleza, y constreñido por las leyes de su defensa y por las necesidades múltiples de su vida y las exigencias de su sér á perdurable guerra.

Uno de los mayores músicos ha intentado vaciar en su arte poema como el que han dejado los pintores del Renacimiento en sus frescos, el poema de la creación. Hablo de Haydin. Pocos, ó ningún compositor, tan dados al cultivo de lo religioso y de lo sublime. Cuando tantas composiciones magistrales se han olvidado, sus *Siete Palabras* todavía duran junto al *Miserere* de Allegri, junto á los plañidos de Palestrina, junto al aria de Stradella, junto al cántico gregoriano. En la creación tentábanle grandes ideas y ha pugnado por expresarlas. El primer aleteo de los ángeles, al brotar en los espacios como de sus larvas las mariposas; el sonido de las aguas desprendiéndose, á guisa de cataratas, sobre los hondos lechos reservados á los inmensos mares en los abismos insondables; el primer acento de los mundos al girar, en lo vacío esclarecido por la luz recién creada, sobre sus ejes de oro; el rumor de los vegetales alzando sus ramas á lo infinito y recibiendo el ósculo inmaculado de las brisas vírgenes; el arpegio de tanto nido como debiera latir ó cantar en aquella florescencia del Paraíso cristiano, pres-tábanse á que un artista de primer orden anotase la mística plegaria, el anhelo inmenso, la incons-

ciente ascensión de todos los seres criados á su Criador, sobre cuyo seno se disipan en nubes de ideas parecidas al acento del órgano y al aroma del incienso. Así la voz de los seres, la idea religiosa que cada cual como una estrella luce, la grande aspiración hasta de lo más material é inconsciente á subir al espíritu, á la libertad, á la conciencia, todo se halla expresado en el concierto de Haydin, como si hubiera éste oído el secreto por su Creador depositado en todas las cosas criadas para moverlas hacia él y sumergirlas en lo infinito. Pero cuando Adán y Eva surgen, todo parece vulgar, por lo menos, culto al modo de la cultura moderna y nuestra. La voz de Adán nos recuerda el aria convencional, y los coloquios de Adán y Eva, lo mismo antes que después del Paraíso, los duos más convencionales de la composición música más ajustada por un maestro á las reglas. Expresad, ni con el instrumento de mayor potencia, los aullidos de los brutos feroces en la época cuartenaria, ó los clamores del hombre, aquejado por el hambre y por el celo al satisfacer brutalmente, después de un combate carnicero con sus inferiores, los rudimentarios instintos.

Lo mismo pasa en el poema de Milton, inspirado por el puritanismo, que pasa en los cuadros de Veronés y Rubens, ya faltos de la primera inspiración

del Renacimiento, y que pasa en la música de Haydin, imposibilitada de manifestar y expresar la impresión producida por el mundo primero é inculto sobre la naturaleza rudimentaria de un hombre lanzado desde su Paraíso al torbellino de todos los males y al estruendo de todas las guerras. El Paraíso perdido reproduce la república puritana. Milton pone á Satanás, antes de que la tierra estuviese formada, en Cámara de los Pares, idéntica por completo á la que arrancaran los barones normandos al pobre Juan Sin Tierra. El derecho de proposición está en los congresos infernales tan respetado como en los congresos británicos. La iniciativa parlamentaria precede á la creación del hombre allá en la mente de un demócrata presbiteriano. La tribuna se alza erguida sobre la boca del infierno. Las deliberaciones privan entre los ángeles malos como entre los ingleses buenos. Se propone, se delibera, se vota, se lee, se sanciona, se promulga en el espacio manchado por la primera religión angélica, triste autora del mal primero, al modo de los largos parlamentos. Creedlo, no existía la tierra de los hombres, y ya existía la Cámara de los Lores. Las pasiones que combaten á los personajes del poema se hallan facturadas como los fardos de sus fábricas. Oriel trae del cielo consignas militares y santos y señas muy expresivos y

muy bien formulados á Gabriel, que se halla de guardia y está de centinela en los vestíbulos del edén. Rafael entra en el Paraíso como un buen vecino en la vecindad y da consejos experimentados de antiguo y olientes á tabaco en polvo. Los ángeles meten á una entre pecho y espalda su correspondiente bistek, aunque todavía no sazonado ¡lástima grande! con la correspondiente patata. El poeta británico dejaría de creer en la felicidad angélica si los ángeles no se asentaran de ceremonia todos los días á la mesa y no se comieran, como cualquier boxador, un cuarto de buey sanguinolento. Y no hablemos de la riña marital cuando Adán arguye á Eva de imprevisor y manirrota por haber comido, la miserable, aquella nefasta fruta. Cualquier matrimonio que disputa sobre los gastos domésticos no dice allá en sus regaños las vulgaridades ocurridas á la Eva y al Adán de Milton en momento tan sublime como aquel crepúsculo espiritual donde se apaga el benéfico día de todos los bienes y comienza la caliginosa noche de todos los males. El gran poeta, no obstante haber elevado su patria, su familia, su Carta Magna, su Parlamento, á cielo, paraíso é infierno, deja un gran poema, en primer lugar por las descripciones maravillosas que lo esmaltan, y en segundo lugar por los acentos de libertad que lo ennoblecen. El reflejo de una fami-

lia completamente inglesa en la familia edénica sólo muestra la dificultad invencible con que tropezaremos de seguro todos cuantos intentemos una descripción acertada del primer germen de humanidad contenido en aquellos hombres recién echados por su culpa del Paraíso y puestos por el implacable ángel, nuncio de su castigo, á la entrada terrible de aquellas cavernas donde rugían, en combates sin número, especies sin piedad. Lo grande, lo maravilloso del poema de Milton es lo que siente su corazón, las rebeliones del presbiteriano contra el obispo, del protestante contra el papa, del demócrata contra el noble, del republicano contra el rey. Ahí está la fuente de su inspiración, y ahí toma su obra el sello indeleble de gloria perdurable á que le da completo derecho su enorme y majestuosa grandeza.

Sí, nuestra primera madre ha padecido mucho por todos nosotros, y al llevarnos en sus entrañas, hale tocado la terrible anticipación de todos nuestros combates y de todos nuestros dolores. Imagínosla iluminada por un sol que parece destello de tempestad, respirando un aire caliginoso y cargado por vapores contrarios á la vida, sobre una tierra donde se abre ya el cráter del volcán, ya el abismo en cuyo fondo hierven los océanos ardientes; amenazada por los ríos bituminosos y encendidos, por

los témpanos gigantescos, por los cantos erráticos, por los aereolitos cruzados en todas direcciones como proyectiles homicidas; puesta por la fatalidad bajo las raíces de las selvas y las guerras de los brutos en madrigueras semejantes á sepulturas, sin más vestimenta que la piel recién arrancada de los cuerpos apenas inmolados, sin más defensa que las hachas de piedra ó las dentaduras de los colosales mamíferos; obligada por su triste condición á emprender la caza para procurarse un alimento superior á las frutas salvajes; viendo cómo su marido expone la vida para traer la presa indispensable á todos, y cómo sus hijos, recién criados, rompen á una en guerras mutuas, ni más ni menos que las especies inferiores en sus combates eternos. Describirla, presentarla en tal estado, tras siglos de siglos, en que la Providencia divina y el humano trabajo nos han creado á una este planeta más habitable y más hermoso, ¡qué inmensa dificultad! Pero, si no podemos describirla, podemos seguramente comprenderla, dolernos en sus dolores, afligirnos en sus aflicciones, y devolverle, por medio de nuestro amor, todas la deudas que, al recibir la vida, con nuestra primera madre hemos contraído, y que todos estamos obligados á pagarle en usurarias creces. El primer nacido no pudiera vivir ni crecer sin sus desvelos. Retribuyamóselos con nuestro culto.